

Santiago de noche

Angeles y solitarios

es una de esas narraciones que van envolviendo y conquistando porque el lector se hace cómplice del protagonista. Imposible no creer en el melancólico pesimismo de Heredia y sus circunstancias, entroncado plenamente con la gran tradición narrativa nacional en torno a la tristeza. Un texto que marca un feliz momento narrativo en la escritura de Ramón Díaz y un punto alto además para el panorama narrativo actual.

PATRICIA ESPINOSA

La novela negra ha llegado a ser calificada tanto de moderna novela de caballerías como de western urbano y aun cuando las opiniones difieran, hace ya bastante rato que dejó de ser considerada subliteratura. Lo cierto es que más allá de su origen bastardo, pensando en los pulp magazine vendidos en los quioscos norteamericanos desde los años veinte, ha ido paulatinamente sufriendo mutaciones que la legitiman, ya definitivamente, como literatura, en muchos casos, de la mejor. Eso sí, sustentada siempre en una estructura básica; esto es, un hecho criminal que posibilita una investigación por parte de un sujeto que habita una gran urbe, donde los límites entre lo legal e ilegal se diluyen y donde la relativización de los valores permite la existencia, por lo general, del antihéroe. Un tipo, la mayor de las veces, imperfecto, caído y hasta denigrado, aunque marcado por una ética propia en la que

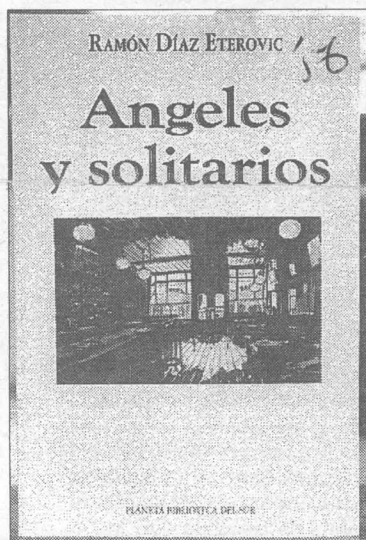
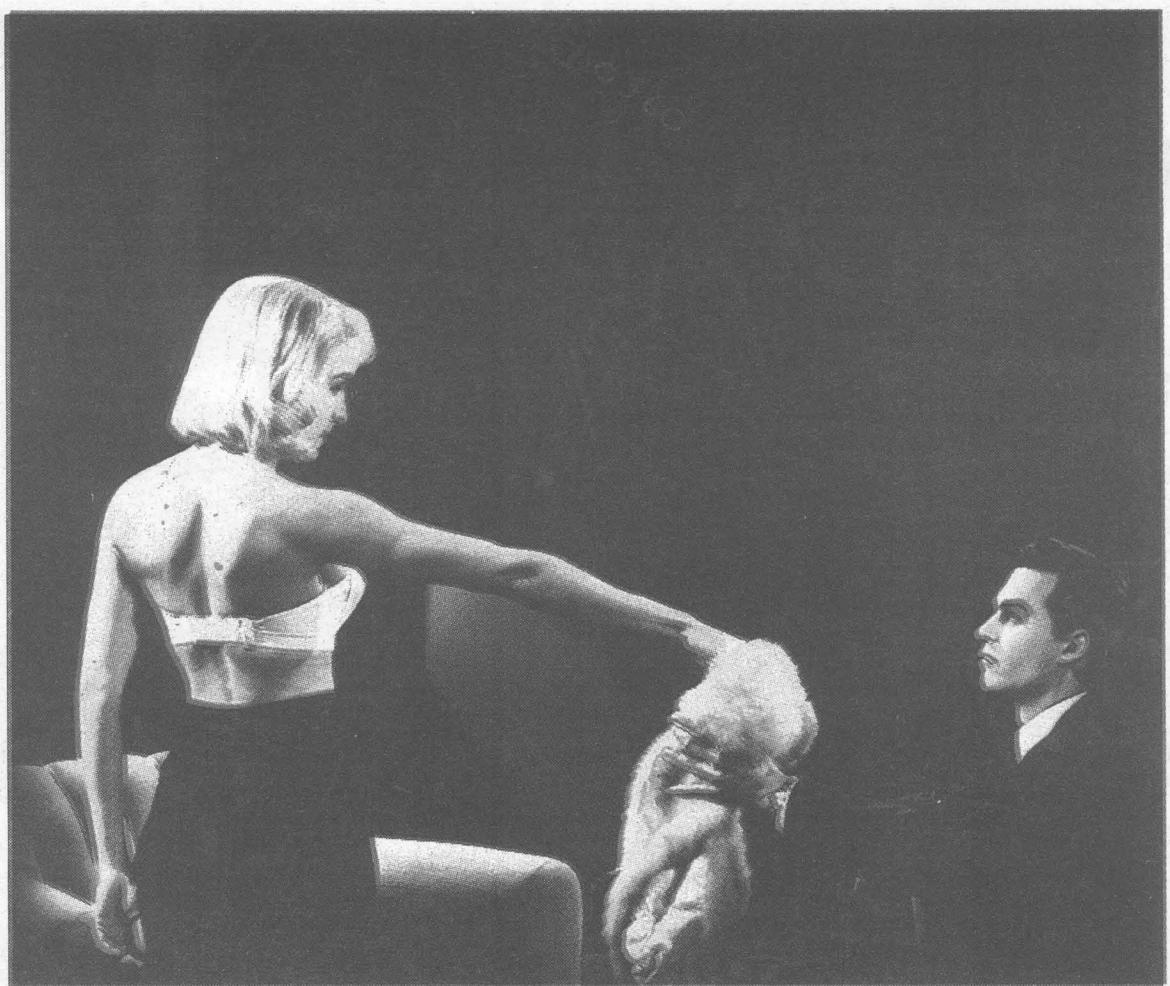
Esta forma literaria parece presentarse en la actualidad como un medio de recuperación del discurso realista frente a la proliferación deconstruccionista. Una ficción centrada en los hechos concretos, con una fuerte base de crítica social y donde el argumento, por tanto, pasa a ser fundamental en términos de claridad y verosimilitud.

En Chile muy pocos autores han apuntado certeramente hacia tal registro, sin extremarse hacia lo enrevesado o puramente liviano. Es por ello que el caso de Ramón Díaz Eterovic (1956), resulta destacable. Un escritor que ha incurrido en poesía y narrativa, siendo en este último ámbito donde ha desarrollado sus mejores textos: *La ciudad está triste* (1987), *Solo en la oscuridad* (1992) y *Nadie sabe más que los muertos* (1993). Tres novelas negras, a las que ahora viene a sumarse *Angeles y solitarios*, protagonizada nuevamente por el investigador privado Heredia. Un outsider imaginativo y profundamente idealista, que vive en una suerte de margen autoimpuesto por su intransable visión anárquica ante la sociedad y sus medios de control.

Solitario por opción

La historia se desencadena a partir del aparente suicidio de una periodista, ex amante del detective, dedicada a investigar acerca del tráfico de armas. Averiguar si fue asesinada, se convertirá casi en una cruzada personal que terminará involucrando al protagonista con oscuros poderes políticos, ex torturadores y una mafia internacional de fabricación de armas químicas.

El personaje central es un tipo tan especial como absolutamente corriente. Ex estudiante de derecho, cuarentón, apasionado por las citas literarias, bebedor asiduo y solitario por opción, eternamente fracasado en amores y que habita un sucio departamento sin más compañía que la del gato Simeón; un personaje simbólicamente perfecto, alter ego del detective, con el cual dialoga sin límites. Así, desde su departamento cercano a la populosa calle Bandera, se mueve a sus anchas por sitios de mala muerte, desempeñando trabajos de poca monta como seguir maridos infieles o taxando en su recién adquirido Lada. Santiago, de la Plaza Italia hacia abajo, es más que un marco y las cosas pasan de un modo mucho menos provincial de lo que se podría creer, considerando que la novela



Angeles y solitarios, Ramón Díaz Eterovic, Editorial Planeta, Santiago 1995, 277 páginas.

las megápolis. Se vive un tiempo marcado por el acontecer político, modas, usos y noticias que exacerban cada vez más la veracidad de lo narrado desde un espacio tan cosmopolita como latinoamericano. Esta obra se encarga de denunciar, como pocas, que las redes que sustentan al sistema poseen una alta cuota de perversidad, subsistiendo por medio de "tratos" o convenios ocultos de dudosa moralidad. Heredia no cree ni intenta jugársela por cambiar el mundo; sin embargo, su actitud crítica o su rol de restaurador del orden, viene a demostrar que siempre es posible la contestación.

El detective convive estrechamente con una pequeña y solidaria subcultura de marginales. El quiosquero aficionado a la hípica, quien le sirve de "sapo" y eventual mensajero. Stevens, el masajista invidente, cuya maqueteada imagen de ambigua sexualidad descompensa la configuración general de los personajes. Finalmente Solís y Griseta. Solís, el policía amigo, extraordinariamente bien construido, ex compañero de universidad y eterno confidente de bar. Ella, la muchacha, con nombre de tango, vestida de negro, media punky, hermana de un amigo revolucionario asesinado, conforma junto a Heredia, una pareja de contrastes. Individuos acosados y perdidos en una sociedad donde nunca, al parecer, serán ganadores, y a la cual sólo pueden oponer una relación que duda de compromisos futuros y que disfruta simplemente de las intensidades parciales.

El sujeto moderno

Este relato, si bien tributario del anterior respecto al tema, revela mediante las privilegiadas dotes narrativas de Díaz Eterovic, que es posible ceñirse al modelo del género negro, a la vez que violentarlo, ya que las convenciones están ahí

junto al desarrollo de una historia de amor, permitiéndose cuestionar el tema de la identidad nacional y, por sobretodo, el modo en que hoy puede subsistir un intelectual, el detective privado Heredia, rebajado casi a la condición de desecho social.

Angeles y solitarios, ganador del concurso de novela inédita del Consejo Nacional del Libro y la Lectura 1995, con el título *Morir de madrugada*, confirma un mejoramiento profundo en la técnica del autor. Fundamentalmente, ha logrado desde la primera a la última línea, una intriga y acción constantes y equilibradas, intensificando además la profundidad psicológica y discursiva del narrador, convertido ahora en un individuo plenamente autónomo y definido en términos ideológicos. Díaz Eterovic, a partir de esta figura agobiada, endurecida y sensible, construye un verdadero símbolo del sujeto moderno. Sin poses de posmo ni de chico malo, surge esta figura anticuada y pasada de moda. Un idealista acérrimo, decadente y oscuramente vital, que intenta sobrevivir en medio de la incertidumbre, con una ética absolutamente retro. La novela así, se inscribe en una oleada revival de realismo neoromántico y existencialista. Desde una escritura rigurosa y metódica, fundada en el dúctil y variado manejo de los recursos lingüísticos y temáticos. *Angeles y solitarios*, es una de esas narraciones que van envolviendo y conquistando porque el lector se hace cómplice del protagonista. Imposible no creer en el melancólico pesimismo de Heredia y sus circunstancias, entroncado plenamente con la gran tradición narrativa nacional en torno a la tristeza. Un texto que marca un feliz momento narrativo en la escritura de Ramón Díaz y un punto alto además para el panorama narrativo actual.